

El resorte de los precios

Antes, muchísimo antes de que el Día Cero ni tan siquiera fuese anunciado oficialmente, el vendedor aquel, al parecer, lo pregonaba a voz en cuello en las calles, a juzgar por los precios que hacían levitar los bolsillos y hasta los mismísimos queques que llevaba en el cajón de la bicicleta.

Con 10 pesos en la mano —porque antes también de un día a otro habían subido de 1 a 2 pesos— la señora pidió: “Me da cinco queques”. A lo que el vendedor enseguida corrigió: “Ya son a 3 pesos, mi vieja”. Y lo único que se frenó, luego, en aquella disputa callejera fue la bicicleta del vendedor.

Los precios, sin dudas, son mágicos; tanto que de un tiempo a la fecha han ido antecedéndose al futuro mismo, sin retrocesos posibles inmediatamente. Porque desde ahora se cobra como si ya se hubiese adquirido el incrementado salario que se contempló en la Tarea Ordenamiento.

Y tales subidas han tenido antológicamente varias (sin) razones: la sequía, el gravamen de los intermediarios, el lento movimiento de las mercancías, las lluvias, la nulidad de competencia, el desabastecimiento estatal, la impunidad...

Primero, en estos últimos meses la COVID-19 fue la causa más (in)justificada del rebrote del sobreprecio. Se empezó a propagar el encarecimiento de todo, desde la libra de papa a 20 pesos hasta la lata de refresco a 25 pesos, los pomos también de gaseosa a 60 pesos, la yuca a 3 pesos la libra... Y en menos de par de meses

han vuelto a hincharse los costos como si fuese imposible desinflarlos.

Increblemente los productos y los servicios han duplicado y triplicado, en algunos casos, su precio como si estuviésemos viviendo de antemano el llamado Día Cero. Sin dudas, se han adelantado porque el pomo de refresco se cotiza a 75 pesos, la cabeza de ajo a 8, la libra de tomate a 35, la libra de jamón pierna a 120, el corte de cabello a 50... ¿Será lo que está por venir? ¿Será este el encarecimiento máximo de los productos? ¿Tendrá algún límite humanamente pagable la espi-

ral de los precios?

Los frenos estarán, como siempre, en manos de los gobiernos locales. Así lo advertía en días pasados Marino Murillo Jorge, jefe de la Comisión de Implementación y Desarrollo de los Lineamientos, cuando reiteraba la necesidad de enfrentar los precios especulativos y abusivos, al tiempo que explicaba que en el mercado minorista en Cuba predomina en más del 90 por ciento la participación estatal, por lo que no debe prevalecer el disparo de los precios impuesto por quienes representan el por ciento restante.

“No puede ser que una minoría que genere precios minoristas por 19 000 millones —que es más o menos el 10 por ciento de todo lo que se vende en el país— trace la pauta del incremento de los precios. Y ahí es donde están los precios especulativos y abusivos.

“Esa facultad de establecer hasta dónde van a crecer los precios está en los gobiernos, fundamentalmente en los municipales. Hay que declarar una guerra sin cuartel a los precios abusivos y especulativos, porque cuatro personas no pueden echar por el fondo todo el esfuerzo que se ha hecho para el incremento de salarios en busca de la productividad del trabajo”, aclaró Murillo Jorge.

Ha sido una constante en las intervenciones del Presidente de la República y una línea de trabajo del Gobierno, tanto que a inicios de diciembre las autoridades de la provincia en comparecencia radiotelevisiva en los medios locales informaban de una estrategia para enfrentar las violaciones de precios.

Porque, aunque para muchos en sus puestos de venta ya haya caducado la Resolución No. 64 emitida por el Consejo de la Administración Provincial en agosto del 2019, oficialmente nadie la ha derogado.

Y del *gardeo* estatal a los sobreprecios daba cuenta Teresita Romero, gobernadora de la provincia, en el reciente pleno del Partido: más de 680 multas impuestas, una cifra superior a las 480 medidas administrativas, cambios de varios representantes de puntos de la



Dayamis Sotolongo Rojas

Agricultura Urbana...

Es un *stop* en medio de esta carrera velocísima donde los precios siguen acelerándose más y más, aunque los bolsillos anden en reversa. Y algo resulta clarísimo en este tránsito tan colapsado: a precios mayoristas y minoristas más elevados, el peluquero, el sastre, el gestor de impuestos, el reparador de ollas o el carterillo intentarán obtener ganancias no con una oferta superior, sino cobrando más caro.

De ser así, del otro lado de la tarima seguiremos pagando carísimo las consecuencias. Porque una cosa es que el queso fundido el Estado lo comercialice, luego del 1 de enero, a 55 pesos la libra y, por ende, en el nuevo año el pan con queso no podrá costar 3 pesos en las cafeterías particulares, y otra muy distinta es que desde ahora el mismo plato plástico que lleva siglos empolvándose en un canapé ya no cueste 10, sino 20 pesos.

Los precios hoy son un resorte y habrá que buscar el modo de amortiguarlos en los bolsillos de todos, porque, de lo contrario, la cuenta va a seguir sin dar.



En la punta de la lengua

A cargo de: Pedro de Jesús

Sputnik V y otros nombres por el estilo

Desde que se difundió la noticia sobre Sputnik V, el proyecto ruso de vacuna contra el coronavirus causante de la COVID-19, periodistas y locutores de la radio y la televisión nuestras —y acaso también de otros países hispanohablantes— atribuyeron a la grafía V el valor que le corresponde en la numeración romana, cinco. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, han comenzado a utilizar el nombre de la letra que representa en idioma español, uve.

Contrario a lo que muchos pensábamos, la forma correcta es la última. Primero, porque los artefactos que la extinta URSS lanzó al espacio entre finales de los años 50 y principios de los 60 del siglo XX, llamados Sputnik, y a los cuales la denominación de la vacuna evoca, se numeraron con cifras arábigas, no romanas. Y aunque los más conocidos solo fueron tres, la serie llegó a 10: no habría manera de interpretar que la vacuna es un producto que, en el campo de la farmacéutica, da sucesión estricta, con el número cinco, a los exitosos objetos que le precedieron en el ámbito de la astronáutica.

Segundo, en la expresión original los caracteres de Sputnik pertenecen al alfabeto cirílico —sistema gráfico empleado para la escritura en numerosas lenguas, la rusa entre ellas—, y el carácter V, al alfabeto latino.

Ya sabemos que *Sputnik* significa ‘satélite’; se trata de un sustantivo común devenido propio desde hace mucho. Pero ¿qué quiere decir V?

Los rusoparlantes pronuncian [vi] la grafía V de Sputnik V. Son muchos los idiomas que se valen del alfabeto latino y, hasta donde alcanza a saber, pocos en los cuales vi es el nombre de la letra v. Uno de ellos es el inglés. Sospecho, en consecuencia, que V sea la inicial de *vaccine*, vocablo anglosajón equivalente al español *vacuna*. Esta rara combinación de ruso e inglés acaso obedezca a razones de carácter comercial y también político.

Similares a Sputnik V, algunas unidades pluriverbales asimilables a los nombres propios poseen un miembro obtenido por apócope extremo, el cual debe pronunciarse mediante delectro, como sucede en las siglas prototípicas. Piénsese en *Ediciones R* —una de las aventuras culturales cubanas más importantes tras el 59—, en la antigua colección *Cuadernos H* —de la Editorial Pueblo y Educación—, y en el muy mentado *punto G*. En las tres un elemento monolítero remata la denominación: R, que alude a *Revolucionarias*; H, a *Humanidades*; y G, al apellido del ginecólogo alemán *Ernst Gräfenberg*.

A veces el componente gráficamente re-

ducido —que puede tener más de un letra— constituye una forma siglar con existencia autónoma previa. Son los casos de *Editorial UH* y *JFK International Airport*, donde UH es la sigla de *Universidad de La Habana* y JFK lo es de *John Fitzgerald Kennedy*.

Ahora bien, recuérdese que, según la Ortografía académica, «siempre es posible restituir en la lectura de una sigla la denominación compleja de la que nace». El término *punto G* cuenta con la variante *punto Gräfenberg* —supongo que entre especialistas—, y *JFK International Airport* alterna con *John F. Kennedy International Airport*, de manera que sus constituyentes reducidos pueden comportarse como siglas.

En contraste, no existen las formas *Cuadernos de Humanidades*, *Editorial de la Universidad de La Habana* ni *Sputnik Vaccine*. En las etiquetas *Cuadernos H*, *Editorial UH* y *Sputnik V*, la práctica comunicativa excluye la restitución de las voces representadas por las grafías H, UH y V, hecho que aleja a estas del comportamiento de las auténticas siglas.

La completa fusión formal y semántica de los componentes en una unidad de marcada lexicalización como *Sputnik V* hace que la motivación de V resulte opaca para la mayoría de los hablantes y que en secuen-

cias del tipo la *vacuna Sputnik V* —usuales no solo en español, sino en ruso, inglés y otros idiomas—, la presencia del sustantivo *vacuna* —y sus correspondientes— no implique redundancia.

Muestran analogía estructural con las expresiones denominativas analizadas hasta aquí, construcciones como *vitamina A*, *rayos X*, *cromosoma Y* o *generación Z*, pero en estas los miembros monolíteros no remiten, ni siquiera en su origen, a palabras plenas. También ocurre algo semejante con los teléfonos inteligentes de, por ejemplo, las marcas iPhone o Samsung, que suelen identificar sus diferentes modelos mediante letras, acompañadas frecuentemente con un número (*iPhone SE*, *Samsung Galaxy S2*...). Por mucho que los fabricantes les atribuyan significados a las letras, da la impresión de que la elección de ellas, de modo casi general, es tan arbitraria como la de los nombres específicos de las vitaminas o los cromosomas, y que solo responden a la necesidad de respaldar la seriedad del producto y su estrategia de mercado.

Poco estudiadas, la adopción de esta clase de etiquetas para bautizar productos y objetos de variada índole parece, sin embargo, crecer en el mundo contemporáneo.